

JOTABECHE y el espíritu de su tierra

Por ELIANA CORDOVA OSSA

Jotabeche mira la vida con cierto extraño pesimismo y suele amargarse con su propia lucha. La percibe, pero desde un ángulo negativo de su espíritu. Hay en el escritor un irremediable anhelo que no alcanzan a llenar sus palabras. Siempre menciona el caos que persigue al hombre ajustándolo a una breve existencia.

Si meditáramos después de leer sus artículos, lo sentiríamos preso de una tremenda angustia creada por su escepticismo, arma negativa que lo conquista en el tiempo.

José Joaquín Vallejo busca lo periférico de los seres y de las cosas. Por eso, sus escritos son una réplica contra la sociedad de su pueblo; una sátira mordaz para sus coterráneos, una muestra de su valor intelectual. Critica quien tiene un fuerte dominio de sus convicciones y una inteligencia aguda, fina, despierta.

Jotabeche es un cronista, no un literato, pues no posee los rasgos estéticos necesarios. El suyo es un costumbrismo superficial, discursivo, casi lacónico. Jamás se detiene en el detalle, sino que describe a grandes pinceladas. Nos queja, pero no pinta.

La forma carece de colorido, de bellas imágenes cromáticas. Es como si la aridez de los cerros circundantes hubiesen apagado sus vibraciones internas, lo que demuestra falta de emotividad. Esto es comprobable frente a cualquiera de sus descripciones.

“¿Preciosa vista? Al doblar la punta de Teatinos se nos ofrece en toda su vasta extensión la bahía de Coquimbo, su playa circular, las vegas cuyos totorales semejan a la distancia sembradas de trigo y las lomas y las alturas superiores que sirven de fondo a este bello paisaje. A las faldas de las primeras se divisa La Serena. Las torres y fachadas reflejan entonces los últimos rayos del sol”.

Frente a sus sentidos está la visión del minero nacida en la risquera, en el fondo de la mina. Vallejo ve limitada su potencia creadora por horizontes de piedra. Desde este punto de vista tiene el valor de representar a Copiapó sometido a la estrecha naturaleza del valle. En forma accidental menciona sus árboles, su topografía, sin arrancar ninguna arista poética al paisaje.

Jotabeche critica porque siente gran deseo de mejorar las costumbres de su época. Su estada en Santiago y su ascendencia española—poco le han imbuído un criterio foráneo. Es un extranjero en su pueblo, capaz de comparar y sustraer la raíz social de sus costumbres. Sin embargo, de ninguna manera, podemos considerarlo precursor del “criollismo”, ya que crea caracterizaciones regionales de verdadero valor literario, ni siquiera términos que destaquen la jerga minera. Sus personajes no marcan la idiosincrasia de la tierra. A veces, Jotabeche parece haber escrito desde el fondo de una mina a través de recuerdos captados en la superficie.

En sus artículos, encontrados trazos epidérmicos de los hombres y de las cosas. No profundiza la psicología de los personajes. Todo lo circunscribe al medio político social que él mismo denominó “modus vivendi”.

En forma casi imprevista, el escritor nos muestra su perfil cáustico, amargo vislumbrándose por entre sus artículos. Alcanza la ironía, nunca el humorismo; porque no posee una rica veta emotiva que pueda avasallarnos a la índole de los hechos narrados.

A menudo, sus palabras constituyen una protesta; otras, una negación como en el caso siguiente: “¿Qué es lo que vemos todos los días? Sino un edificio que se vino al suelo, una vida

que ha terminado, una flor que se deshoja, una esperanza frustrada, una amistad deshecha, una fortuna en bancarrota, una reputación perdida.

“Si todo muere, si todo queda en nada. ¿Me pondré yo a temer las consecuencias de mis inocentes escritos?”

Sus artículos destacan el pesimismo amargo del individuo que no puede rehacer el mundo a su gusto. Uno de sus problemas consiste en ser un inadaptado que no pudo insertarse al medio ambiente, causa que lo impulsó a constituirse un agudo observador. Ningún copiapino ha juzgado con tono tan sincero y vigoroso las costumbres de su pueblo ni ha formulado opiniones tan valiosas.

En cuanto a su estilo, carece de dinamismo a causa de las oraciones demasiadas largas, lo que trae consigo una falta de ritmo en la prosa y una marcada lasitud expositiva. La elocución precisa, una mayor rapidez y ciertos matices que proporcionan vida al paisaje y a los pen-

samientos.

Cuando sumido en profundas meditaciones presentía la muerte, hubo solo un deseo que gravitó poéticamente en su alma. Un día dijo al referirse a su cadáver: “Y encargo desde luego a mis amigos que lo conduzcan en alta noche, ni más ni menos que cangalla fuera a este cerrito aislado que hay en un rincón de la amable y pintoresca Chimba. Quiero ser sepultado al pie del sauce que se ve en su cumbre, sauce que desde entonces será mi universal heredero; porque pienso y es mi intención dejarle mi nombre”.

No obstante, fue sepultado en el cementerio de la ciudad, lugar que él considerara indigno para el reposo de su cuerpo. Es ésta una de las grandes rebeldías de nuestro escritor de costumbres fenecido hace un siglo, y la otra, su inestabilidad política que se manifestó en repetidas ocasiones creándole situaciones difíciles dentro del plano ideológico.